

## DEL VIEJO SEÑORIO DE MOLINA

# EL MORO ABENGALVON, REY DE MOLINA

(AMIGO PERSONAL DEL CID)

Nos place escribir de un personaje importante y casi desconocido que se cita repetidas veces en el «Poema del Cid», el cual apenas ha sido estudiado con relación al tema, y nunca de manera exhaustiva.

Nos referimos al Rey moro Abengalvon, Señor de Molina y fraternal amigo del Cid, al cual empieza a citar el cantar en los versos 1463 y siguientes, cuando (al recibir el ingrato Alfonso VI de manos de Alvar Fañez de Minaya los cien caballos que el Cid le enviará como regalo), accedió el Monarca castellano a que salieran de Cardaña para Valencia doña Jimena y sus hijas, con un lucido acompañamiento de 165 caballeros:

«Vayades a Molina (1), que iaze más adelante  
tiénela Avelgalvon, mío amigo es de paz,  
con otros ciento cavalleros bien vos conssigná»

Sucedía esto en el año 1095, sobre un paisaje medieval de azul cobalto placidez antigua, más fuerte y árido que aquél de las novelas pastoriles de Sannázaro y Gil Polo. El Obispo Jeronimo se había adelantado para anunciarle al Campeador por donde y cómo venían su mujer y sus hijas, y es entonces cuando Rodrigo manda mensajeros al régulo molinés, rogándole que como amigo fraternal salga a esperarlas y las acompañe con cien jinetes hasta Valencia, la bella ciudad recién conquistada, que él no puede abandonar.

¿Cabe mayor prueba de confianza en la lealísima amistad de Abengalvon por parte del Cid?, le confía lo que más quiere, por tierras quebradas llenas de fieras y de traidores enemigos.

La amistad de Rodrigo Díaz de Vivar con el soberano árabe de Molina se confirmó, (según Claro Abánades (2)— en muchas crónicas históricas; no sólo se señala reiteradas veces en el «Cantar del Mío Cid», sino también en una obra del agustino Fray Manuel Riesco; en un códice latino hallado en el con-

(1) Ordena el Cid a sus emisarios.

(2) Abánades: «Molina, avanzada de Castilla», pág. 33.

vento de San Isidoro en León, en un ensayo histórico de Manuel Malo de Molina; en el segundo juramento o declaración que el Cid envió al Rey Castellano para probar su inocencia, y en muchos trabajos más de plumas castellanas y aragonesas.

Aunque nos pese como cristianos, si bien español era Abengalvon, que nació, vivió y murió en España—; ¡cómo resplandece en el Cantar la noble caballerosidad del monarca árabe al lado de la turbia y villana conducta de los infantes de Carrión!

Abengalvon fué aquel famoso alcaide de Molina de que nos habla con elogio el *Romancero*, el mismo que aconsejaba a sus capitanes:

«Dejad la seda y brodado,  
vestid la malla y el ante,  
embrasad la adarga al pecho,  
tomad lanza y corvo alfanje. . .»

Abengalvon no era tributario de Rodrigo, pues —como bien dice mi docto paisano Anselmo Arenas (3)— no se hace mención en la Gesta, ni en el Poema, ni en la *Crónica General* de que le pagará tributo y el «El Cid le llamó siempre con gran deferencia *mío amigo*» (4).

Grandes virtudes debieron adornar al Rey de Molina, para que el *Campidocti*, enemigo acerrimo de la morisma se entregara a su amistad sin reservas.

Una referencia más de este vínculo estrechísimo que a los dos caballeros unía lo hallamos en Diego Sanchez Portocarrero, el cual dice en su obra (5): «De aquí en adelante Abengalvon se llamó Rey de Molina y fué muy constante en la amistad del Cid . . .»

Al llegar los emisarios de *Roderici* a las pintorescas márgenes del Gallo, los centinelas árabes de las alcazabas señalaron su presencia y el Rey moro salió a recibirlas como reza el Romance:

Batiéndole las ijadas  
con los duros acicates,  
y las riendas algo flojas,  
porque corra y no se pare,  
en un caballo tordillo,  
que tras de sí dejó el aire,  
por la plaza de Molina . . .

(3) Arenas: «El Cid y D. Manrique de Lara», pág. 101.

(4) Dozy: «Récherches», capítulo «El Cid en la poesía».

(5) Sánchez Portocarrero: «Historia del Señorío de Molina», capítulo XX, folio 77.

Cuando supo las nuevas que le traían y los deseos de su gran amigo, se expresó así:

«Venides, los vassallos de myo amigo natural.

A mí nompesa, sabet, mucho me plaze».

O lo que es lo mismo: ¿Sois vosotros los vasallos de mi entrañable amigo?. Pues tened por cierto que vuestra llegada me llena de alegría» (6).

Enterado de que Cid quería que acompañara a su familia con cien caballeros el dobla la cifra con notoria gentileza.

«Ciento pidieron, más él con dozientos va».

Abengalvon es digno de la grandeza moral, racial y castellana del Cid y un admirador de sus altísimas proezas.

Claro Abánades asegura que este caudillo agareno «albergó varias veces en su palacio de Molina al héroe castellano, dispensándole grandes honores» (7).

Después de agasajar regimiento a los enviados de su amigo, el moro partió al frente de doscientos jinetes hacia la romana y árabe Medinaceli, por los montes abrupos de Selas, Mazarete y Maranchón, dejando Luzón a la izquierda.

Cuando descendía el escuadrón de rudos caballeros, entre nubes de polvo, por al cuesta que termina en el valle del Arbujuelo, Albar Fañez de Minaya lo divisa con temor desde la atalaya de Occeci, la elevada ciudad, y manda un par de jinetes a cercionarse de la clase de gente que es:

E en Medina todo el rocabdo está,

vídoles venir armados temiós Albar Minaya Fañez,

envió dos caballeros que sopiesen la verdad.

Pronto supo el acompañante de las damas que se trataba de los enviados del Cid; Pedro Bermudez, Muño Gustioz, el burgáles Martin Antolinez, el Obispo D. Jeónimo y el rey moro Abengalvon con sus doscientos guerreros de a caballo, armados de relucientes cimitarras y de corvos alfanjes.

Albar Fañez se adelantó a recibirlos con gran alegría y pompa, dejando en Medinaceli a doña Jimena y sus hijas.

Quando llegó Abengalvon dont a ojo lo ha,

sonrrisándose de la boca hyvalo abrazar.

en el ombro lo saluda ca tal es so husaje.

Es decir, que al verlo el molinés, sonrió amistosamente y le dió un abrazo besándole en el hombro, según la costumbre mora.

(6) Traducción de Alfonso Reyes, Edición Calpe, *Austral*, pág. 125.

(7) «Molina, avanzada de Castilla», pág. 31.

Agradecióselo Albar Fañez y correspondió al efusivo saludo con estas palabras:

«Ya Abengalvon amigol sodes sin falla,  
Si Dios no llegare al Cid o le vea con el alma,  
desto que avedes fecho vos non perderedes nada,  
Vayamos a posar ca la cena es adobada».

Y el rey Abengalvon le contesta:

«Plazme desta presentaja:  
antes deste tercer día a vos la daré doblada».

O lo que es lo mismo, en la prosa de Alfonso Reyes: «Me place de este agasajo. Antes de tres días os lo devolveré con creces».

Y bien que cumplió su real palabra, pues al continuar el cortejo su marcha:

Vinieron a Molina la que Abengalvon mandava.

. . . . .  
Entrados son en Molina, buena e rrica casa.

El moro Abengalvon bien los servía sin falla.

De quanto que quisieron non ovieron falla.

Como puede verse, el soberano molinés llevó a su corte a las damas y a los caballeros, tratándolos lo que se dice a «cuerpo de rey»; sobre todo a la esposa e hijas de su gran amigo el Cid.

Luego las acompaña hasta Valencia, el Campeador lo abraza con gratitud, quiere hacerle lujosos regalos, que el árabe cortesamente rechaza, y se torna con sus doscientos caballeros a sus extensos territorios del Alto Tajo, cuya capital era Molina.

Aun reaparece el gran amigo del Cid en el Cantar, y es cuando, casadas doña Elvira y doña Sol con los menguados infantes de Carrión, se tornan con sus esposas a tierras leonesas. Rodrigo Díaz de Vivar encarga a su joven sobrino Felez Muñoz que las acompañe y le dice:

«Oyas, sobrino, tu, Felez Muñoz,  
por Milna yredes, i yazedes una noche  
saludat a my amigo el moro Abengalvon;  
rreziba a mios yernos como elle pudiere mejor;  
dil que enbio a mis fijas a tierras de Carrión,  
de lo que ovieren huebos sírvalas a so sabor,  
desi escúrralas fasta Medina por la mi amor.  
De cuánto él fiizere yol daré por ello buen galardón».

Efectivamente, el Rey Abengalvon recibe a las hijas de su amigo y a sus maridos con toda clase de atenciones; las rodeas de fiestas y de agasajos, les regala caballos magníficamente enjaezados, y al partir de la corte molinesa las acompaña hasta Medinaceli, ciudad fronteriza en la que ya mandaba Al-

fonso VI, con doscientos guerreros. Por cierto que a los cobardes infantes de Carrión, que ya llevaban urdida la alevosía del bosque de Corpes, tentados por el lujo del Monarca moro y por las riquezas que consigo traía en su escuadrón, no se les ocurre más que planear la muerte del noble Abengalvon:

«May pues que adexar avemos las fijas del Campeador  
si pudiessemos matar al moro Abengalvon,  
quanta riqueza tiene la yenos nos.  
Tan en salvo lo habremos como lo de Carrión:  
nunca avrie derecho de nos el Cid Campeador».

Pero quiso la buena estrella del régulo molinés que uno de sus hombres que sabía latín, oyése la platica de los Carrión y le diera enseguida cuenta a su Señor. Este que era un mozo gallardo y ponderado, los increpó delante de todos, echándoles en cara su ruindad: «Si no fuera por respeto a mi amigo el Cid de Vivar, yo haría con vosotros, por traidores y villanos, un escarmiento y le devolvería al Campeador sus bellas hijas y vosotros no llegaríais jamás a vuestro feudo de León»:

«Sino lo dexás por mio Cid de Bivar,  
tal cosa vos faría que por el mundo sonás,  
e luego levaría sus fijas al Campeador leal;  
vos nunqua en Carrión entraríedes jamás».

Y pidiéndoles a doña Elvira y doña Sol, con una rendida zalema, permiso para retirarse con su escuadrón y aunque presentía una desgracia para ellas al verlas desposadas con tales miserables, rogó al Cielo y al Profeta porque tuvieran feliz viaje.

Y dicho esto, volvió grupas y se tornó con sus caballeros a su pequeña Corte de Molina, donde tenía un palacio con jardines y serrallos que no describe el CANTAR DEL MIO CID.

JOSÉ SANZ Y DÍAZ